

TEMPLO HERMANA TERESA



“De la mano con Dios”

20/04/2024

“De la mano con Dios”

Queridos hermanos y hermanas Carlos días atrás nos ha compartido esta frase:

“No es que sea la razón, ni tampoco la verdad, pero así decidí vivir. De la mano con Dios.”

Hoy nos encontramos aquí ante ustedes, en esta Ceremonia, para compartir un fragmento de nuestro corazón, un pedazo de nuestro ser que ha sido moldeado por la Fe, la esperanza y el amor que hemos encontrado en la mano de Dios y de nuestra Guía la Hermana Teresa. No es que sea la razón, ni tampoco la verdad, pero así decidimos vivir los que intentamos llevar adelante la obra de Teresa: De la mano con Dios.

En este mundo lleno de incertidumbres, donde las preguntas superan a las respuestas, donde la oscuridad puede abrumar la luz y donde el caos parece reinar, hemos encontrado nuestro refugio en la certeza de la presencia divina.

No pretendemos tener todas las respuestas, ni tampoco afirmamos poseer la verdad absoluta, pero en el camino de nuestra vida hemos descubierto que caminar de la mano con Dios es la elección más reconfortante que podemos hacer.

No es una cuestión de seguir ciegamente, ni tampoco de renunciar al pensamiento crítico. Al contrario, vivir de la mano con Dios implica un compromiso profundo con la reflexión, la búsqueda de la verdad y el amor hacia nuestros semejantes. Es entender que no estamos solos en este viaje, que hay una fuerza amorosa que nos sostiene incluso en los momentos más difíciles, una luz que brilla en la oscuridad y que nos guía hacia la esperanza.

En nuestra experiencia, vivir de la mano con Dios significa reconocer la belleza de la creación y la maravilla de la vida en todas sus formas. Es ver la mano amorosa de Dios en los detalles más pequeños: en el susurro del viento, en el canto de los pájaros al amanecer, en el abrazo cálido de un ser querido. Es entender que cada momento, cada encuentro, cada desafío, lleva consigo la oportunidad de crecer, de aprender, de amar más profundamente.

Por supuesto, esto no significa que el camino sea siempre fácil. Hay momentos de duda, de dolor, de confusión. Pero incluso en medio de la tormenta, la presencia de Dios es una fuente de consuelo y fortaleza. En esos momentos de prueba, encontramos la verdadera medida de nuestra Fe, la capacidad de confiar en que, aunque no entendamos completamente el plan divino,

estamos siendo sostenidos por manos amorosas que nos llevan hacia la luz.

Vivir de la mano con Dios también implica un compromiso con el servicio, con ser instrumentos de amor y compasión en un mundo que tanto lo necesita. Es entender que cada acto de bondad, por pequeño que sea, puede tener un impacto profundo en la vida de otros. Es abrir nuestros corazones y nuestras manos para ser canales de la gracia divina, llevando consuelo a los afligidos, esperanza a los desesperados y amor a los que se sienten solos.

En última instancia, hermanos y hermanas, vivir de la mano con Dios es abrazar la plenitud de la vida, con todas sus alegrías y todas sus tristezas, sabiendo que estamos sostenidos por el amor incondicional del Creador. No es una cuestión de seguir una lista de reglas o dogmas, sino de permitir que el amor divino transforme nuestras vidas y nos guíe en el camino hacia la plenitud y la realización.

Hay una historia relacionada con este tema basada en la vida de Jesús que queremos compartirles.

Había una vez un hombre llamado Juan, que vivía en un pequeño pueblo a las afueras de Jerusalén. Juan había oído hablar de un maestro itinerante llamado Jesús, cuya sabiduría y

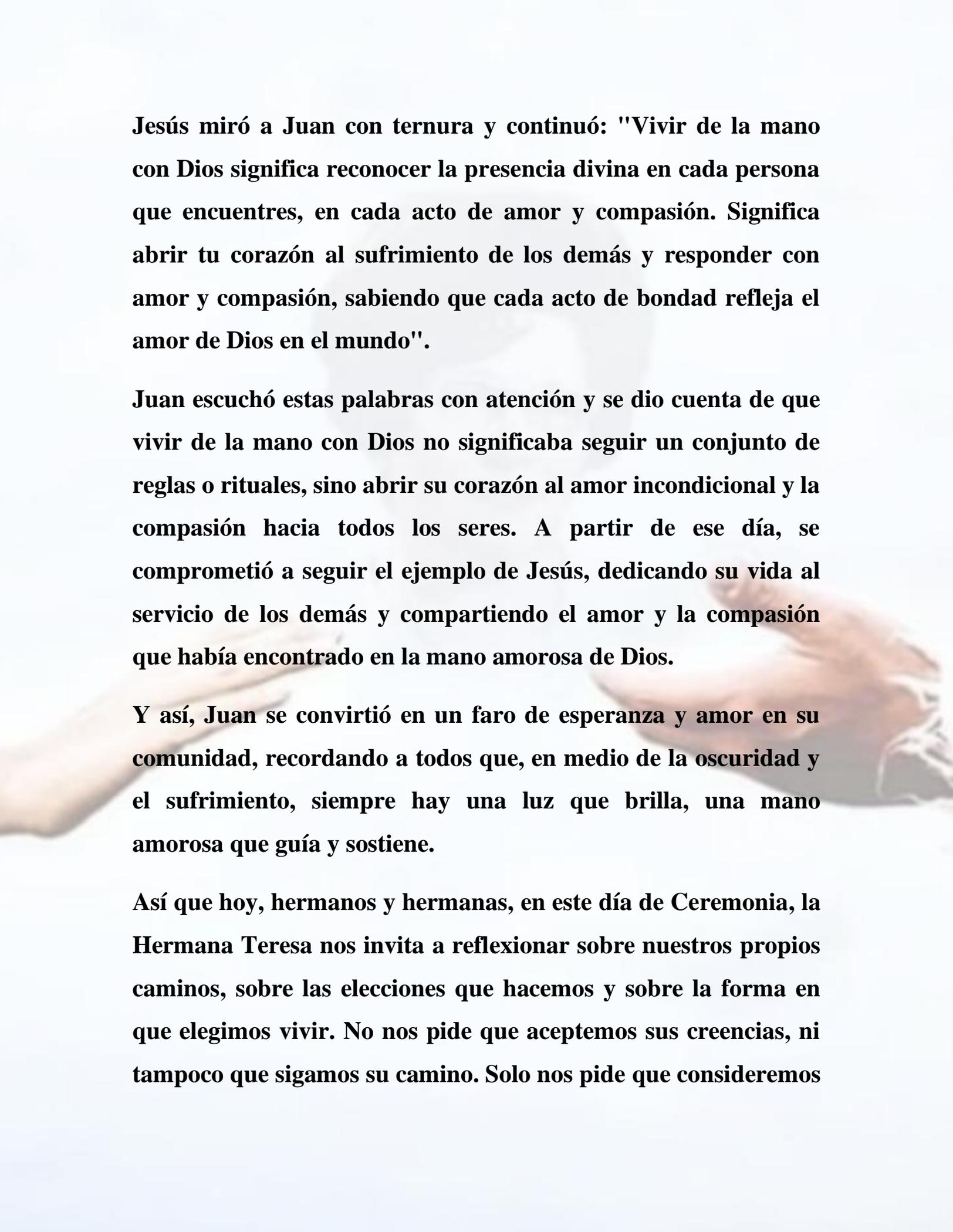
compasión habían conmovido los corazones de multitudes en toda la región. Intrigado por las historias que había escuchado, Juan decidió ir a escuchar a Jesús por sí mismo.

Cuando Juan encontró a Jesús hablando a una multitud en una colina cercana, quedó impresionado por la presencia tranquila y amorosa del maestro. Jesús hablaba de la presencia amorosa de Dios en todas las cosas, de cómo el Creador cuidaba de cada criatura con ternura y compasión. Sus palabras resonaron en el corazón de Juan, despertando una profunda sensación de paz y esperanza.

Después de escuchar a Jesús hablar, Juan se acercó a él y le preguntó cómo podría vivir una vida que reflejara la presencia amorosa de Dios. Jesús le respondió con una parábola:

"Una vez, un hombre estaba caminando por un sendero oscuro y lleno de peligros. En su camino, encontró a un viajero herido y desamparado, tirado en el suelo. A pesar del riesgo y la incomodidad, el hombre se detuvo y cuidó al viajero, vendando sus heridas y llevándolo a un lugar seguro.

Cuando le preguntaron al hombre por qué había hecho esto, respondió: 'No lo hice por recompensa ni reconocimiento, sino porque vi en el rostro del viajero la presencia misma de Dios. En ese momento, supe que no podía hacer otra cosa que ayudar'".



Jesús miró a Juan con ternura y continuó: "Vivir de la mano con Dios significa reconocer la presencia divina en cada persona que encuentres, en cada acto de amor y compasión. Significa abrir tu corazón al sufrimiento de los demás y responder con amor y compasión, sabiendo que cada acto de bondad refleja el amor de Dios en el mundo".

Juan escuchó estas palabras con atención y se dio cuenta de que vivir de la mano con Dios no significaba seguir un conjunto de reglas o rituales, sino abrir su corazón al amor incondicional y la compasión hacia todos los seres. A partir de ese día, se comprometió a seguir el ejemplo de Jesús, dedicando su vida al servicio de los demás y compartiendo el amor y la compasión que había encontrado en la mano amorosa de Dios.

Y así, Juan se convirtió en un faro de esperanza y amor en su comunidad, recordando a todos que, en medio de la oscuridad y el sufrimiento, siempre hay una luz que brilla, una mano amorosa que guía y sostiene.

Así que hoy, hermanos y hermanas, en este día de Ceremonia, la Hermana Teresa nos invita a reflexionar sobre nuestros propios caminos, sobre las elecciones que hacemos y sobre la forma en que elegimos vivir. No nos pide que aceptemos sus creencias, ni tampoco que sigamos su camino. Solo nos pide que consideremos

la posibilidad de abrir nuestros corazones a la presencia amorosa de Dios, de permitir que esa mano divina nos guíe en nuestro viaje por la vida.

No es que sea la razón, ni tampoco la verdad, pero así hemos decidido vivir en esta comunidad que Guía Teresa. De la mano con Dios. Y en ese camino hemos encontrado una paz y una alegría que trascienden cualquier comprensión.

Pidámosle a Dios para que todos podamos encontrar esa misma paz, esa misma alegría, en el abrazo amoroso de nuestro Creador.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.

